**151. Animada por la fe, la esperanza y el amor.**

Luis Van de Velde Comunidades Eclesiales de base

Por ocasión de las actividades, celebraciones, oraciones, procesiones y denuncias posteriores al asesinato del Padre Rafael Palacios, Monseñor Romero publica en Orientación del 1 de julio de 1979 un texto que titula *“la inconfundible voz de la Iglesia”.*

Monseñor dice que “*es útil y oportuno que la Iglesia exprese sus sentimientos, animada por la fe, la esperanza y el amor.”* Y aclara que la palabra de la Iglesia *“tampoco es pasivismo, cobardía o insensibilidad*”. “*Con el amor severo de una madre que reprende, piensa también en las manos criminales que mataron, para llamar a conversión y penitencia.”*

Estas frases de Monseñor Romero cobrar una nueva actualidad ante la exigencia de la corte suprema de Justicia hacia la Asamblea de elaborar una nueva ley de reconciliación. Organizaciones sociales de derechos humanos y organizaciones de víctimas y familiares de víctimas han exigido y siguen clamando que esa ley debe respetar a las víctimas y construirse sobre “la verdad, justicia, reparación y garantía de no repetición”. Uno se pregunta: ¿qué diría Monseñor Romero al respecto?

Hoy se supo que el Papa Francisco ha reconocido oficialmente el martirio del Padre Rutilio Grande, Nelson y Rutilio de Aguilares. Hay alegría en la Iglesia católica. En su homilía el arzobispo hizo una llamada fuerte a la Asamblea Nacional a elaborar una ley de reconciliación que parta desde el dolor de las víctimas.

Tenemos todas las indicaciones que en la Asamblea algunos abogados están elaborando una nueva ley de amnestía que pone en el centro a los victimarios, que pretende protegerlos, en primer lugar. Hay diputados que están denunciando que ni ellos saben lo que estará en la ley. No han querido colaboración directa ni de las organizaciones de derechos humanos, ni de las Naciones Unidas.

Cuatro palabras. Cuatro reclamos de parte de las víctimas, de las organizaciones y de las Iglesias. Que se conozca la verdad de los hechos violentos del pasado. Que el ejército abra todos sus archivos de guerra. Que se sepa quienes dieron órdenes para los crímenes de guerra y de lesa humanidad. Que se sepa qué hicieron con los “desaparecidos”. ¿Dónde los enterraron? ¿Podremos esperar que los victimarios vayan a confesar la verdad, esa verdad de crímenes que han escondido durante tantos años? Luego “justicia”. Se entiende que los victimarios sean enjuiciados, condenados y castigados conforme la gravedad de los hechos. Crímenes de guerra y de lesa humanidad nunca vencen. Sobre este punto quiero retornar más adelante. “Reparación”. ¿cómo se podrá reparar el daño cometido a las víctimas y sus familiares? ¿Resuelven compensaciones financieras? ¿Resuelven proyectos de desarrollo en las comunidades donde sucedieron masacres? No es fácil. Y aún más difícil “garantía de no repetición”. La mayor parte de los crímenes de guerra fueron cometidos por el ejército y los demás cuerpos de seguridad. Pero en esas instancias hay una ideología de obediencia ciega a sus superiores. Es preocupante como el ejército y la fuerza policíaca has sido fortalecidas desde los dos gobiernos anteriores: represión como respuesta en el combate a la delincuencia. ¿Quién podrá garantizar que esas fuerzas nunca más masacren a su propio pueblo?

Como creyentes seguidores/as de Jesús confiamos en la misericordia de Dios, también para los más grandes pecadores (asesinos, torturadores, los que dieron órdenes,..). Yo me pregunto: ¿Si alguno de estos victimarios está dispuesto a decir (toda) la verdad de lo que hizo y se hizo en su entorno, si reconoce responsabilidad y si está dispuesto a pedir perdón, ¿no tendrían las víctimas estar dispuestas a perdonar, y pedirle al juez que no castiguen con cárcel el resto de su vida? ¿Qué es creer en la misericordia de Dios y ser testigos de esa misericordia? Creo que con la nueva ley de reconciliación tenemos una oportunidad para concretar algo tan fundamental de nuestra fe en la misericordia de Dios (tan opuesta a la voluntad humana más común). Sin embargo, no veo como desde las Iglesias se acompaña a las víctimas a superar a los victimarios. De varios sacerdotes asesinados sabemos que dijeron agonizando que perdonaran a sus asesinos. Monseñor Romero los perdonó de antemano. Si algún victimario está dispuesto a decir “toda la verdad”, a responsabilizarse y a pedir perdón, ¿no sería el mayor testimonio de fe y fortaleza humana de las víctimas de pedir que se perdone, que no se castigue. Dios es misericordia y perdón. (22 – 2 – 2020)